détour ramonllull r LLIBRERIA

EL CLUB DE LAS PRÓXIMAS LECTURAS

CLUB.DETOUR.ES | NÚMERO 18, ENERO 2022 | PLACERES DESCONOCIDOS

Hacia el oeste

Indian Country*, de Dorothy M. Johnson (Valdemar) | *por Juan Jiménez García

Sin duda hay algo que no acaba de funcionar con la novela del oeste en nuestro país. En el prólogo que acompaña este *Indian Country* (y también en cierto modo la colección Frontera que Valdemar dedica al género, siendo esta precisamente su primera entrega), Alfredo Lara realiza una impecable introducción histórica a los problemas del género. Las novelas baratas de escritores españoles bajo seudónimo tal vez fueron la marca más reconocible del fenómeno, pero no es menos cierto que no podían ser la única causa. En lo personal hay algo en lo que pienso después de leerle: nunca relacioné ningún western con ningún libro. Quiero decir: en mi cabeza, quién sabe el motivo, nunca entendí que una película de John Ford en realidad podía ser la adaptación de una novela de algún otro, como así era. Sin ser más que una anécdota, no deja de ser significativa. Digamos que el cine devoró la novela y no solo eso: la invisibilizó. Los caprichos de la edición hicieron el resto. Los tópicos, un tanto más. Por eso es importante el empeño de Valdemar y por eso es no menos importante que el primer volumen estuviera dedicado a Dorothy M. Johnson (ya van por la novena entrega). Johnson lo ha sido todo para la novela del oeste. O mejor sería decir para los relatos del oeste, dado que ese era realmente el territorio en el que se movía. Hay que decir que, como en la novela negra, el género es una simple estructura formal (o si se quiere: un conjunto de códigos compartidos con el lector) para ir más allá. Su escritura extremadamente depurada podría ser leída desde otros prismas y es cierto que uno no puede distraerse de indios y vaqueros, pero tan cierto como que sus historias hablan del desarraigo, de la insatisfacción, de la vejez, de la libertad y quién sabe cuántos temas más.

La visión de la escritora de la frontera (ese espacio entre indios y colonizadores, permeable, continuamente desbordado) es sin duda muy especial. Tanto que ni tan siquiera John Ford logró instalarse en él, incómodamente. En su relato más conocido, *El hombre que mató a Liberty Valance*, Johnson recrea la vida de un miserable allí donde Ford ve un bonachón, y eso es representativo de algo. Tal vez de una modernidad no muy fácil de compartir. Pensemos en aquella mujer secuestrada por los indios que no quiere volver rescatada porque su vida está allí, en la tribu, con su marido y su hijo (*La frontera en llamas*) o de ese viejo que se debate entre quedarse o marcharse: quedarse con los indios, entre los que fue feliz, o con los suyos, los blancos, entre los que era un miserable, apenas nada (*La camisa de guerra*).

Los indios son mostrados como crueles pero respetuosos de unas reglas, poseedores de una visión del mundo, de unos principios. Algo que en los blancos no dejaba de ser mucho más dudoso, turbio al menos. No hay mundos idílicos, territorios de ensueño. Está la vida, que a un lado u otro de la frontera es implacable. Sus relatos hablarán de los ritos de paso (el indio con mala suerte, incapaz de tener un sueño, que lucha contra su destino en *El exilio del guerrero* o aquellos jóvenes de la reserva que se preparan para marcharse a la Segunda Guerra Mundial intentando encontrar el tiempo y los modos de sus antepasados, demasiado lejanos: Marcas de honor). En *Un hombre llamado Caballo*, otro de sus grandes relatos (y adaptaciones cinematográficas), el protagonista, un blanco que lo tiene todo pero echa de menos estar entre iguales, encontrará entre los indios algo que podríamos llamar dignidad. O la melancolía.

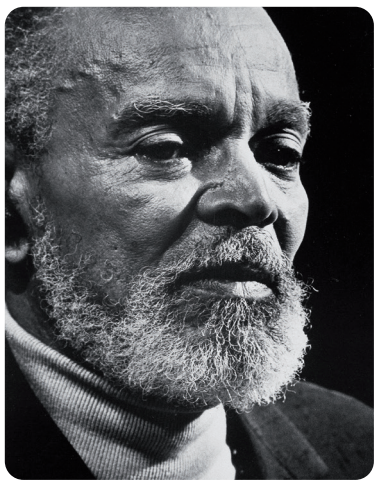
Para Dorothy M. Johnson la épica del oeste es vivir, poco importa de qué lado se esté. No se necesitan héroes porque los héroes están en todos los lados y, por tanto, en ninguno. Los sueños se desvanecen rápidamente: en una incursión para robar caballos o en un ataque en el que arden las pocas propiedades que una familia, llegada del otro lado del mundo, puede tener. En todo puede haber un tiempo para el misterio (la tensión, la muerte como algo tangible, de un relato como *Viaje al fuerte*) o el humor (con todo perdido, ese juego amoroso de *Más allá de la frontera*, o los recuerdos trastocados de *Reírse frente al peligro*). La escritora se manejará bien en todo y nada parece serle ajeno, porque por encima de todo nos habla de personas y de sentimientos, sin importar el lugar en el que estén, aunque nada pueda ser indiferente a él.

Me pregunto si la frontera de la que habla Johnson no será un territorio interior. Un lugar que tenemos que atravesar, un lugar del que huir, en el que habitar, en el que buscar nuestros sueños o robar caballos. Un lugar en el que arden cosas que construimos trabajosamente o en el que nuestra memoria se pierde en una noche de los tiempos. Un espacio para soñar con acabar con Liberty Valance (y todas las humillaciones de este mundo) o en el que encontrarnos con nosotros mismos, aun a través del sufrimiento. La frontera es ese espacio donde acaban nuestras certezas. Y empiezan nuestros sueños.

Negro sobre negro

¡Corre, hombre, corre!*, de Chester Himes (Akal) | *por Juan Jiménez García

Pasados los días felices de la novela negra, nos quedan unas cuantas ruinas. Casa deshabitadas, el viento que se lleva páginas arrancadas, y olvido, mucho olvido. En definitiva, queda lo que quedó siempre: poco. Clásicos descatalogados, el recuerdo de unos días pasados que igual ni existieron y mucho entusiasmo por apenas nada. Así, si uno quiere leer a Chester Himes, grande entre los grandes, ¿qué le queda? Escarbar entre los libros de segunda mano o encontrar alguno que sobrevivió a las descatalogaciones o a la falta de interés de las distribuidoras o editoriales. Y decimos uno porque es uno. ¡Corre, hombre, corre!, es el único superviviente cierto de un buen número de aquellos que publicó Akal no hace varias décadas, sino apenas una. Podría haber escrito sobre cualquiera de ellos y hubiera sido justo. Cómo olvidar las cien primeras páginas de El gran sueño de oro... En fin, de qué sirve lamentarse, gritar de desierto en desierto. Apreciemos aquello que nos queda y sigamos esperando ese futuro perfecto. Al menos, como decía, nos queda ¡Corre, hombre, corre!, y solo por ese merece la pena el viaje hasta el Harlem de Himes, ese Harlem que, por aquellos años, ya solo estaba en su cabeza. Porque él, él andaba por Francia y luego, luego por España. Moraira, Alicante. Y allí murió, como si fuera un Orson Welles de las letras... Y es que lo era, también lo era. Y desde allá lejos, escribía sobre aquellos negros que él conoció bien porque era uno de ellos. Extraños paraísos perdidos.



Walker es un policía blanco y borracho que cree que le han robado su coche en Harlem porque es incapaz de encontrarlo. Es un infeliz amargado, un tipo peligroso con una pistola encima, muy peligroso con dos, una de ella sin rastro de sus acciones. Esa deriva nocturna, más que búsqueda, le lleva hasta un desafortunado Automat, en el que unos tipos se ocupan de ir sacando la basura y ordenando el local para el día siguiente. El destino, la muerte y la carrera por sobrevivir de uno de ellos, que logra escapar del instante para entrar en un círculo de persecución, de lucha por la supervivencia, a la vez que en un alucinante y alucinógino laberinto, entre verdades y mentiras, que nos recuerda perfectamente las noticias que tan a menudo leemos. Esos disparos perdidos, esos negros muertos de cualquier manera, esa rabia que surge en una ciudad u otra y esa tranquilidad de sentirnos mejores porque no decimos negros sino personas de color. Como si eso fuera la solución de algo, cuando no es ni el comienzo. Para entenderlo, bien estar adentrarnos en el mundo de Himes. Porque, como toda buena novela negra, también es una novela social, un retrato de un tiempo y sus circunstancias, de unos seres navegando entre avenidas que cruzan avenidas y casas, como vidas que albergan, que amenazan con venirse abajo pero que persisten, sujetas a algo que no es la esperanza, sino más bien la ausencia de ella. Yo diría: la rabia.

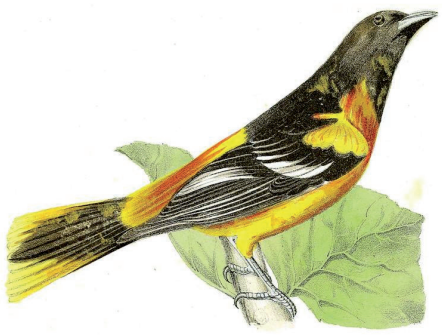
Y mientras Jimmy corre, mientras Walker corre tras él, todo un mundo se despliega ante nosotros. Un mundo que huye del miserabilismo gratuito y la exhibición de miserias como muñecos de feria. Himes es uno de ellos, sí, pasó por la cárcel, escribió, escapó, pero esos personajes desquiciados, esos últimos en todo, son los suyos. Cuando el policía Brock visita a las familias de los muertos, cuando busca un sentido a lo ocurrido, las páginas se transforman en el sobrecogedor testimonio de un mundo escondido bajo la alfombra de Nueva York. No es fácil entregar en nuestro idioma la riqueza de su escritura. Es más, es imposible, porque es el reflejo precisamente de esa diversidad de clases y orígenes. Las decisiones de sus traductores son las que son, pero todos los latidos de este cuerpo vivo, palpitante, permanecen. Y entonces vivimos. Sufrimos, reimos, nos conmovemos. Sí, vivimos.

2021.
NUESTRAS LECTURAS DEL AÑO
DIARIOS.DETOUR.ES

El espíritu de un pájaro

Diario rural. Apuntes de una naturalista (Primavera – Verano)*, de Susan Fenimore Cooper (Pepitas) | *por Francisca Pageo
***Diario rural. Apuntes de una naturalista (Otoño – Invierno)*, de Susan Fenimore Cooper (Pepitas)**

Susan Fenimore Cooper fue la primera naturalista en publicar un libro sobre el medio rural. De hecho, se sabe que Henry David Thoreau leyó su libro unos años después de su publicación. Es una cuestión de alabanza hacia Susan que su libro fuera publicado en aquellos tiempos, en una época en la que la voz de las mujeres se veía enormemente silenciada; sin embargo, Susan luchó por ello: sería sufragista e incluso fundaría un orfanato de enorme éxito. Estamos, de este modo, ante una mujer profundamente poderosa que aprovecharía todos sus recursos para llevar a cabo obras sociales y una apuesta de gran envergadura por la ecología. Pero no nos vayamos por las ramas, estamos aquí para hablar de este libro, de estos diarios, de estos apuntes rurales que Susan escribió tan atenta y pausadamente. Unos apuntes que transcurren en primavera y verano en esta edición y que nos harán



ver la belleza y la vida sin artificios ni dilaciones.

En *Diario rural*, Susan habla de la vegetación, del clima, de los pájaros y de todo lo que le rodea. Estamos, así, ante una perspicaz observadora que posa sus ojos en todo cada vez que sale a la naturaleza. Susan también cuenta el método de elaboración del azúcar (es casi el cultivo más importante de la zona en la que vive) y sus detalles son minuciosos. También, las descripciones sobre los pájaros parecieran ser un soliloquio. No es menester decir que el espíritu de Susan es el de un pájaro, pues revolotea por la naturaleza y los campos y bosques como si de su hábitat se tratara. Estos diarios son todo un compendio de la naturaleza, ya que en él encontramos todo lo que podemos encontrar en un entorno tan bello como el que Susan vivió y experimentó. Leyéndola tenemos ganas de irnos de paseo con ella, pero ya lo hacemos. Nos vamos de su mano mientras nos cuenta estas historias. Nuestros pensamientos aquí se quedan muy quietos y silenciosos, como la protagonista del libro se queda ante los pájaros posados en las ramas de los árboles. Es, de este modo, un libro que resulta todo un goce para los sentidos: en él se halla color, formas, olores y sonidos. Así, asistimos a todo un festival en el que nos vemos hastiados de un modo u otro, ya sea por toda descripción que Susan hace como por la manera en la que estas se hallan descritas. Con ellas nos elevamos y también queremos ser Susan, pero nos conformamos con leerla porque de, alguna manera, también asistimos a lo que ella experimenta y ve. Con este libro sentimos algo puro y a la vez notamos un alto sentido orientativo hacia la vida, hacia lo rural y hacia la individualidad que cada ser humano puede y debe dar de sí.

Aquí es la naturaleza la verdadera protagonista pese a que sea Susan la que la experimente y así es como debe ser. Susan era consciente de su importancia, de lo que se ofrece a sí misma y de lo que nos ofrece a nosotros. En el mundo de hoy no le damos la importancia que se merece, pero ahí tenemos el legado de Fenimore Cooper para hacernos ver que la naturaleza y lo rural requieren tener una cabida en la sociedad. De ella viene lo que comemos, de ella viene el origen de la vida, su más pura esencia.

Chandler, el estilista

Les deteccions de la totalitat*, de Fredric Jameson (Institució Alfons el Magnànim) | *por Óscar Brox

Durante años le he dado vueltas a la siguiente diferenciación (he olvidado completamente dónde y a quién se la leí) entre Dashiell Hammett y Raymond Chandler. Mientras el primero escribía sobre el hombre en quien temía convertirse, el segundo lo hacía pensando en el hombre que quería llegar a ser. Supongo que ello se debe, en parte, a que Hammett fue detective antes que escritor y Chandler, como señala Fredric Jameson, llegó a la novela negra de manera tardía, tras una vida dedicada a otros negocios. Recuerdo vivamente los interrogatorios a Hammett como una pieza literaria excepcional (en España los publicó Errata Naturae), en un tiempo en el que vivía acechado por el FBI a causa de sus implicaciones políticas. Y recuerdo, también, que Chandler empezó a escribir imitando a Hammett, estudiando otras novelas, personajes, situaciones… hasta construir su lugar único en la historia de la novela noir. Hammett, a todo esto, acabaría muriendo en la ruina, consumido por el cáncer. Chandler capeó como pudo su alcoholismo y los deseos de quitarse la vida tras la muerte de su esposa.

Empiezo este pequeño ensayo de Jameson, acaso el mejor comentarista de la sociedad del capitalismo tardío, con el ojo puesto en su primera caracterización de Chandler: es, como Nabókov o Robbe-Grillet, un estilista. Su educación británica le acerca al inglés americano, al juego del argot y las palabras corrientes, desde una perspectiva casi externa. Y su llegada tardía al género, en el cual ensaya unos cuantos relatos que, a su manera, constituyen más bien borradores de futuros capítulos, le proporciona una óptica diferente (aquí imagino a otro autor noir, David Goodis, sumergido en el lumpen nocturno de Filadelfia, del cual extraía casi literalmente las descripciones para sus novelas). Sin embargo, en Chandler hay un proyecto novelístico, un modelo narrativo. Los Angeles como microcosmos de los Estados Unidos extendiéndose novela a novela. Un sistema, una totalidad, a cuyo análisis se entrega Jameson. Para ello, lo primero es el contexto: señalar la relación entre la literatura estadounidense y la sociedad, por un lado, y entre los autores norteamericanos y su forma de construir esa literatura. De dar cuenta de los lugares, los espacios, los gestos más o menos típicos y los rostros y paisajes humanos.

La ventaja de la literatura noir consiste en que su protagonista, el detective, juega el papel de observador. Lo captura todo. Es un personaje que permite articular la historia (en minúscula o no). Otro rasgo es su facilidad para describir aquello que pasa inadvertido, bien porque no nos damos cuenta de ello (lo que tiene lugar, por ejemplo, en el lumpen) o porque se sitúa en un territorio exclusivo al que no todos tienen acceso (los engranajes de la alta sociedad californiana). Y, también, cómo su distribución espacial prefigura la naturaleza y el futuro urbano de la ciudad y, por ende, de la sociedad. Hablamos, pues, de novelas cortadas por escenarios, desde el despacho del detective a la residencia familiar, la habitación de un sórdido hotel o cualquier otra estancia que Chandler describe con la precisión de un entomólogo. Proporcionando un marco desde el cuál ensayar las sucesivas modulaciones de la sociedad estadounidense.

Jameson se emplea a fondo a la hora de leer los espacios de las novelas de Chandler, que examina en busca de ese código (al fin y al cabo, hablamos también de un tipo de narración serial) que ofrezca la clave para hallar un sistema. De hecho, en su brevedad, el ensayo está repleto de descripciones entresacadas de las novelas de Chandler y de matices y detalles recolectados a partir de su lectura finísima. Se diría que el teórico desmenuza cada texto para mostrar el artificio, la ficción, con la que el novelista urde sus retratos de la naturaleza humana/urbana y las reflexiones sociológicas que se desprenden de todo ello. Los rompecabezas que dibujan las sucesivas intrigas no son tan importantes (Jameson cita, de hecho, a Agatha Christie como otra influencia más a la hora de plantear y resolver ciertas cuestiones del suspense en Chandler) como la capacidad de este para ofrecer un mapa total, cerrado, una guía lectora. Por mucho que, como revela su análisis de La ventana alta, haya unas cuantas discrepancias en torno a ese modelo o ese mundo fenomenológico que describen.

Chandler, el estilista. El autor que coquetea con la intriga durante páginas para tirar por tierra sus propios códigos y resolver el misterio proporcionando una pizca de amargura al lector. Chandler, el urbanista, el escritor espacial, que dibuja en cada novela un vacío, una ausencia que no es otra cosa que la muerte. Una grieta, por usar el término heideggeriano que trae a colación Jameson, entre dos mundos. Y es que lo cierto es que el autor de El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío se revela como un lector perspicaz, profundo, de la novela noir mientras, en paralelo, conecta cada uno de sus tropos con la rápida modulación de la sociedad estadounidense post-2GM. Así, Les deteccions de la totalitat es algo más que una pequeña historia portátil de teoría literaria; es, ante todo, el ejemplo de la brillantez con la que Fredric Jameson conecta la producción cultural con la sociedad que le sirve de contexto, espacio, paisaje y laboratorio. La novela noir como modelo para describir la vida norteamericana.

La libertad de ser nada

Conversación con Albert Cossery*, de Michel Mitrani (Pepitas) | *por Juan Jiménez García
***Mendigos y orgullosos*, de Albert Cossery (Pepitas)**
***La burla y la violencia*, de Albert Cossery (Octaedro)**

En un país que ha publicado la práctica totalidad de su obra en las últimas dos décadas, ¿sería acertado preguntarse por quién es Albert Cossery? La respuesta es fácil: ¡y tanto! Porque tan rápidamente como aparecieron desaparecieron, y, como suele ocurrir con la edición en este país, tan dada a las pruebas, pero tan poco amante de la persistencia, Cossery pasó a ser un ligero recuerdo, el sueño de una noche de verano.

Albert Cossery es un personaje inolvidable. Nacido en 1913 en El Cairo, tras la segunda guerra mundial se instala definitivamente en París, para ser más exactos en una habitación del hotel La Louisiane en Saint-Germain-des-Prés, habitación que no abandonará hasta su muerte, sesenta años después. Siguiendo los pasos de su padre (que no trabajó en su vida), Cossery hizo lo propio (escribir libros, para él, no era trabajar, puesto que le gustaba… y aun así en todo ese tiempo escribió ocho libros), y, precisamente, sus libros son brillantes tratados de dos temas que le son propios: la pereza (entendida, como él mismo señala, de forma intelectual, no como cosa de idiotas) y el humor (algo inseparable del pueblo egipcio).

Michel Mitrani mantuvo una extensa conversación con Albert Cossery (publicada ahora por Pepitas de Calabaza, que ya publicó *Mendigos y orgullosos* y que seguirá con más obras de este hombre). En ella repasa su vida y su obra (que viene a ser la misma cosa), incluyendo fragmentos de sus libros, lo cual nos permite hacernos una nítida imagen de la misma (aun no habiendo leído nada… y deseándolo todo). Pese a que prácticamente todas sus novelas transcurren en Egipto, el escritor no frecuentó mucho su país tras su marcha. Escribía de memoria sobre unos ambientes y unos personajes que había conocido en su día, lo cual venía a demostrar que el mundo gira y gira, pero no acaba de avanzar mucho. Los pobres y la miseria siguen siendo los pobres y la miseria por los siglos de los siglos, con una persistencia admirable.

A través de estas conversaciones el mundo *cosseriano* se va dibujando como un lugar para la renuncia, convertida en valor supremo. Solo escapando a los designios que tiene guardados para nosotros la sociedad, podremos ser realmente libres, aunque esto no deje de implicar muchas veces la miseria más absoluta. Ahora bien, en esa nada, ¿qué podemos temer perder? Y si no tememos perder nada, ¿no somos invencibles? Caminar con las manos en los bolsillos, dice, es preferible a sucumbir a los coches, a los electrodomésticos, a todo ese consumismo absurdo. Quien no ambiciona nada, no echa de menos ninguna cosa. El héroe de sus novelas siempre será alguien con sus mismas ambiciones: ninguna. O mejor: todas. Para Cossery, solo en la sencillez, es posible enfrentarse a la tiranía (una tiranía imposible de destruir).

Llegados a ese punto, la miseria, lejos de ser una desgracia, es algo deseable. ¿Y la revolución? No sería conveniente rebelarse contra todo esto. Bueno, se puede intentar, pero sus revolucionarios son tan indolentes (y tan igualmente pobres), que olvidan a menudo sus intenciones, preocupados por cualquier otra cosa. Después de todo, el poder siempre existirá, y frente a él solo queda hacer una cosa: reírnos, ridiculizarlo, como esos bufones a los que, permitido todo (por insignificantes), incluso la verdad está a su alcance. Convertido en algo risible, no vamos a decir que nos libraremos de él y de su perversidad, pero seguramente viviremos mejor. Aquí como en cualquier otra parte: "Quien ama la vida la encuentra magnífica en cualquier lugar", señala. En cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Ese es el credo de Albert Cossery, y puestos a tener que creer en algo, creamos en él.

Luminosidad variable

Poesía Completa*, de Max Blecher (Hermida Editores) | *por Francisca Pageo

Hermida Editores nos trae, en una edición completa y con alguna que otra cosa añadida (fotografías y láminas), la poesía de Max Blecher, escritor rumano de origen judío que padeció la mayor parte de su vida una tuberculosis ósea impidiéndole vivir donde quizá hubiera querido y que le llevó a ir de un sanatorio a otro para el tratamiento de su cura. Lamentablemente, el escritor, y también artista —pues dibujaba y pintaba también— moriría a la edad de 29 años.

«Palabras, dibujos indescifrables de esta escritura / Como mis manos / Como mis ojos cerrados.» La poesía de Blecher se nutre de impresiones sobre su cuerpo, sobre su alma. Son impresiones y destellos luminosos, pues su poesía es lumínica y vital a pesar de su sufrimiento, a pesar de que esté marcada por la enfermedad. Pareciera que sus palabras se escapan de ella, pero son atravesadas por ella, llevándose pequeños trazos con las que marcar los poemas. Pareciera que con su poesía es como si necesitara reflexionar sobre sí mismo y se quitara una máscara. En ella se desnuda y utiliza palabras como un símil para aliviar lo que le acontece. Su poemario *Cuerpo transparente* estaría dedicado a la mujer que amó, Marie, y podemos apreciar ese deseo casi consumado, pero también insaciable sobre el lenguaje y el propio deseo mismo.

Como ya he dicho, Max Blecher, antes que escritor, fue artista. De inmensa sensibilidad, utilizaba sus impresiones también a través de dibujos y acuarelas, profundamente arraigadas a su identidad, su propia biografía, más que a sus intereses.

¿Cómo leer a Blecher? ¿Hay alguna manera exacta de empezar a leer su poesía, esta poesía nacida de las entrañas? A Blecher se le lee en silencio, se le lee pausadamente y se le lee como cuando vamos a la fuente en medio de un jardín, esperando tocar su agua, ver sus nenúfares y observar los pequeños insectos, y quizás algún sapo, que la habitan. La poesía de Blecher es un microcosmos en todo este macrocosmos que es la poesía del cuerpo, la poesía del dolor. Es única y especial, dotada de cierto tono casi crepuscular y nada distante respecto a lo que desearíamos que Blecher no hubiera vivido, pero, entonces la poesía de Blecher sería totalmente ajena a todo lo que cuenta, sería otra poesía. Quiero creer que tenemos el arte para no morir de pena, para vernos a nosotros mismos y que otros nos vean con una pizca, una pizquita nada más, de pasión y lucha por la belleza. Quiero creer que Blecher agarró el arte y la poesía para no morir de desesperanza, para dejarnos una pequeña señal de que incluso sufriendo, somos capaces de crear la más pura de las bellezas.

«Siempre hacia delante las sombras de mis pasos mueren / Como la trayectoria de un cometa en la oscuridad.»

Lista de correo

Dos correos mensuales: uno poco antes del Club, otro poco después. Con contenidos adicionales, tanto literarios como de audio, vídeo, fotografía,...

club.detour.es
newsletter

literaturas
literatura en détour
literaturas.detour.es

detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es | facebook/revistadetour
instagram/revistadetour | twitter/tdetour

llibreriaramonllull.com

Próximo club

Cuerpos transparentes

Sábado 19 de febrero, 17:30
Llibreria Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia